Arte y Letras

Inglaterra inicia una Revolución en el Arte Escénico. El método más moderno para presentar las obras más viejas

EN Londres se ha organizado con éxito una organización que ha spertado gran curiosidad entre los críticos. Nos referimos al "Teatro de Arte" que aspira a ir mucho más lejos que la mera producción de obras de carácter radical. Sus iniciadores han venido deplorando el estado actual del teatro inglés y aseguran haber descubierto una idea que devolverá sus antiguos prestigios al drama en Inglaterra. Uno de los fines que persigue la empresa es el de unir bajo un mismo techo y una misma dirección todas las artes aliadas que concurren en la expresión genuina del drama. La nueva sociedad se compone de artistas cuyo trabajo se les paga a sueldo fijo, independientemente de la suerte que corran las piezas presentadas. La sociedad ha establecido también una escuela dramática.

Pero esta organización del "Teatro de Arte"' no fue la que produjo la gran sorpresa, sino la primera representación, que se llevó a cabo hace un mes, de la versión corregida de una vieja obra. Esta obra es de Sir John Farquehar y lleva por título "La Estratagema de los Pretendientes". Data del año 1707. El sorprendente método de los directores del "Teatro de Arte", Dadame Donnet y Russell Thorndike, se ha burlado de todos los convencionalismos teatrales. Aunque se trataba de una comedia antigua de las de lances de ingenio y vivacidad y alardes exagerados de galantería, los directores compusieron la escena al estilo más moderno del «ballet» ruso, haciendo una combinación extraña de tono futarista. La acción de los actores era también sin precedente. He aquí cómo describe un corresponsal del "Christian Science Monitor" la referida representación:

"La primera impresión era de incongruencia. Se necesitaba tiempo para apechugar con aquel interior de posada donde resaltaban paredes color de rosa con líneas verdes ondulando caprichosamente entre cubos y círculos esparcidos aquí y allá, mientras que el posadero se mostraba vestido como un payaso con dibujos y colorines. Este era sin duda el significado del título de "moderna", aplicado a la representación. Pero bastaba un momento de reflexión para apreciar la sabiduría del método. La única alternativa hubiera sido el acumular los objetos representativos de la extravagancia de la época en material de vestidos y mueblaje y esto habría obscurecido la obra misma y desvirtuado el efecto."

"Al principio era también difícil entender la razón de que los actores se moviesen y hablasen con las sacudidas, brincos y gesticulaciones propias de los títeres o marionetas. Pero se percibía bien claramente que este era un medio ingenioso hallado por los directores para poner de relieve la superficialidad de la pieza y su psicología." Del brillante grupo de los dramaturgos de su círculo este Farquehar era a su modo el más presentable. De él escribe Leigh Hunt: "que tenía una pluma en el sombrero y una prodigiosa vitalidad, con mucho ingenio y buen corazón. Y "La Estratagema de los Pretendientes" es su vivo retrato, trazado en una comedia de amor y de picarismo en la que dos caballeros de industria entran a robar, pero salen robados por dos damiselas que les copan el corazón."

Rodinson Crusoe era español

En la edición dominical del «Sun», con fecha de Abril 27, encontramos una carta suscrita por Rossiter Johnson, en la que este escritor niega que sea verdad que la Isla de Juan Fernández sea en realidad la que Defoe escogiera para escena de las proezas de

su héroe, el conocido Robinson Crusoe. Según Rossiter Johnson, hay una página en las buenas ediciones de Robinson Crusoe que informa al lector de que la isla estaba situada "cerca de la desembocadura del gran río Orinoco"—3,000 millas distante de Juan Fernández, con todo un continente en el medio.

Mr. Johnson hace mención de la teoría, aceptada casi universalmente ,de que Defoe se inspiró en un cuento o narración publicado por Alejandro Selkirk, quien pasó cuatro años solo en la Isla de Juan Fernández, situada en el Pacífico. Para Mr. Johnson, es imposible dudar de que Defoe no se inspiró en el relato de Selkirk, como se ha venido creyendo hasta ahora, sino en una vieja obra española, intitulada "Comentarios reales del Perú", publicada en Córdoba en el año 1609, o sea más de un siglo antes que la de Selkirk, que no vió la luz hasta 1712. El autor de la obra española era un mestizo, hijo natural de Garcilazo de la Vega, de quien llevaba el nombre. Esta obra la tradujo al inglés Sir Paul Rycan y la publicó en Londres en 1688, treinta años antes de que Defoe escribiera su famosa novela. Dicha traducción se encuentra actualmente en la Biblioteca Pública de New York. El tercer capítulo de la obra española relata la historia de Pedro Serrano, que naufragó en el Mar Caribe y fue el único de la tripulación que se salvó, llegando a nado hasta una isla desierta que quedaba en la desembocadura del Orinoco. Allí vivió al principio alimentándose de mariscos, luego aprendió a coger tortugas, de las que se comía la carne, se bebía la sangre y usaba la concha para depositar agua de lluvia. Para hacer fuego se valió como combustible de las yerbas secas de la playa, sobre las que dejaba caer las chispas que sacaba del choque de la hoja de su cuchillo con una piedra. Los barcos no se aventuraban nunca a llegarse a la isla, a causa de los bajos y arrecifes. Al cabo de tres años otro náufrago llegó a la isla exactamente en concordancia con el tipo llamado Friday que aparece en la novela de Defoe. Serrano estaba en esta época completamente cubierto de pelo y los dos hombres sorprendidos desconfiaron el uno del otro como diablos hasta que uno de ellos rezó el Credo, y esto dió lugar a que se reconocieran mutuamente y fraternizaran como cristianos. Vivieron allí cuatro años hasta que los rescató un barco. La obra española termina el relato de la historia de Serrano, diciendo que éste vivió luego en España y Alemania, recibió una pensión liberal y murió en Panamá.

Mientras que —sigue diciéndonos Mr. Johnson—Selkirk no fue un náufrago como lo fue Crusoe, sino que fue llevado a tierra a solicitud de él mismo y allí fue dejado con los medios de vida necesarios. Serrano, por el contrario, fue arrojado a una isla desierta sin otra cosa que su cuchillo y la ropa que llevaba encima y esto lo obligó a desplegar todo su ingenio y valor. "Precisamente su total desamparo es lo que constituye la característica esencial del héroe de Defoe," concluye Mr. Johnson.

El Cine en las Escuelas

La ciudad de Detroit, Michigan, es la primera ciudad grande de los Estados Unidos en adoptar el sistema de instruir a los niños en Geografía e Historia por medio del Cine. Esta medida ha sido adoptada por acuerdo unánime de la Junta de Instrucción. Las películas se usarán para ilustrar las materias más importantes de los libros de texto y la producción de las mismas será emprendida, sin costo alguno para la ciudad, por la "Ford Motor Company" y la "Solvay Process Company". Al principio sólo exhibirán películas aquellas escuelas dotadas de buenos salones de conferencias, de los cuales hay nueve en la ciudad. Se estima en diez mil el número de los alumnos que, de los ciento diez mil que componen las escuelas, alcanzarán a disfrutar de los nuevos y amenísimos espectáculos escolares.

El Cinematógrafo en las Iglesias

El Reverendo doctor Christian F. Reisner da la noticia en el periódico "Educational Film Magazine", de Nueva York, de que se halla al frente de una comisión de la iglesia metodista que se propone reunir la suma de 120 millones de dólares para la compra de artículos de entretenimiento que se han de colocar en las iglesias de la secta, que pasan de 64,000 en los Estados Unidos. El elemento principal de los pasatiempos será el cine.

Si esta enorme empresa de cine acometida por la iglesia metodista se lleva a cabo, —dice el articulista del magazine citado— los teatros de cine de este país y aun los del resto del mundo quedarán relegados a segundo término en cuanto a número, capital, exhibición de las películas e importancia comercial.

Se predice también en el artículo que otras sectas adoptarán el plan de la metodista y entonces podrá ocurrir lo que sigue:

"Se estima que hay más de 230.000 iglesias de diferentes denominaciones en los Estados Unidos, con más de 180.000 sacerdotes y cerca de 42 millones de feligreses. Si solamente una décima parte de las iglesias fuese equipada con aparatos de proyección cinematográfica y éstos funcionaran sólo dos veces por semana, tendríamos 23 mil iglesias provistas de cine contra 14.000 teatros de películas que tenemos hoy. Pero lo probable es que dentro de un año o dos, con toda certeza dentro de tres o cuatro años, el número de iglesias en los Estados Unidos provistas de cine... sobrepasará al de los teatros del país en una proporción de 5 a 1, quizás de 8 a 1.

Se tiene entendido que los metodistas se proponen exhibir películas dramáticas, tanto como educacionales y de turismo.

Otro noble Lord a quien se señala como autor de los dramas de Shakespeare

Un distinguido escritor francés, Abel Lefranc, ha publicado un libro titulado "Bajo el disfraz de William Shakespeare", en que trata de establecer por primera vez la teoría de que el verdadero autor de los dramas del célebre «bardo de Avon», no es sino un aristócrata inglés de nombre William Stanley.

Conocida es la versión que atribuye la paternidad de los inmortales dramas al filósofo inglés Bacon; pero Mr. Lefranc no sólo no acepta a Shakespeare mismo como el genuino creador, sino que tampoco está conforme con Bacon. Para él, para Mr. Lefranc, resulta claro como la luz del día que fue William Stanley el artista a quien el mundo debe tan geniales obras maestras. Los tres puntos cardinales que se destacan del alegato de Mr. Lefranc a favor de William Stanley, son los siguientes:

"1.—Las obras dramáticas y de otro género que fueron publicadas en los últimos años del siglo XVI bajo el nombre del autor William Shakespeare, no han podido de ningún modo haber sido compuestas por este personaje.

"2.— Todos los datos tienden a probar que el verdadero autor de estas obras fue un miembro de la aristocracia inglesa que deseaba mantener secreta su identidad.

"3.— Una extraordinaria combinación de concordancias, de inferencias y de hechos positivos, justifica nuestra creencia de que los dramas y otras composiciones poéticas atribuídos a William Shakespeare son en realidad obra de William Stanley, sexto conde de Derby (1561—1642."

Mr. Lefranc asegura que en cualquier dominio en que persigamos nuestras investigaciones, son numerosas, claras, convincentes y decisivas las concordancias entre los hechos de la vida de William Stanley y los dramas publicados bajo el nombre de William Shakespeare. Oigámosle:

"Todo es mediocre en lo que encontramos en Shakespeare: su figura, su letra, su matrimonio, sus asuntos amorosos, sus negocios, su testamento, su alma; jamás es posible hallar en él nada que revele al autor del «Rey Lear» o «La Tempestad» Por el contrario, la carrera de William Stanley, sexto conde de Derby, sus extensos viajes, su existencia tempestuosa, sus vicisitudes y su afición apasionada por el teatro, nos ofrecen el más perfecto acuerdo concebible con las obras del más grande de los creadores de almas... Hay una contradicción fundamental entre el actor de Avon y las refinadas y aristócratas obras con que se estima que hizo su debut en su carrera de autor dramático.... El autor de las obras representadas y publicadas bajo el nombre de Shakespeare solo podía ser un miembro de la aristocracia inglesa, un patricio, por su nacimiento y educación familiarizado con la política, costumbres, tradiciones, ideales sentimientos, preocupaciones y lenguaje de las más elevadas y refinadas clases sociales de la época isabelina... Todos los dramas de Shakespeare, con una o dos excepciones, se sitúan en las cortes de los reyes y en los salones de los grandes. Nunca las ideas y sentimientos de un medio aristocrático y principesco han sido comprendidos y descritos con una penetración tan sutil, tan íntima. Del mismo modo, nunca la significación de la raza, de la nobleza de la sangre, encontró un intérprete más en simpatía con el asunto. Ningún verdadero «connoisseur» tarda en echar de ver este rasgo general en las inmortales obras. Por todas partes y especialmente en los asuntos políticos tratados, sentimos que es un miembro de la aristocracia quien nos habla y que aborda las cuestiones desde el punto de vista de un noble intelectualizado, con las peculiares concepciones de un hombre perteneciente a la clase directora. Todos

los dramas, ya sean basados en la historia inglesa, ya en la historia griega o en la romana, bien se trate de "Hamlet", de "Cymbeline", de "Otelo", de "Los Dos "Caballeros de Verona", o de "La Tem- "pestad", o del "Sueño de una Noche de Verano", o del "Rey Lear", o de "Macbeth", o de cualquiera otro, demuestran hasta la saciedad nuestro aserto, desde el principio hasta el fin."

Otro de los argumentos de Mr. Lefranc concierne al conocimiento de jurisprudencia y de música que evidencian los más de los dramas. Para Mr. Lefranc el filósofo príncipe de Dinamarca, pintado por Shakespeare, es el retrato de Stanley mismo durante el largo período de abatimiento porque atravesó a causa de sus numerosos pleitos pendientes. Y el Próspero de "La Tempestad" no es otro también que Stanley, el gran señor que había meditado larga y seriamente sobre el arte de gobernar a los hombres, que había contemplado desde un alto pináculo el espectáculo de la sociedad humana y a quien pruebas severas habían gradualmente madurado hasta convertirlo en el más generoso de los moralistas.

¿Pero cómo vino Lefranc a dar con su curioso descubrimiento? El mismo nos lo cuenta. Fue en el verano de 1915. Mr. Lefranc tenía que devolver algunos libros que había cogido prestados en una librería y antes de desprenderse de ellos, quiso echarles una rápida ojeada. De pronto, en uno que había abierto al azar, encontró, en el curso de un artículo consagrado a un asunto completamente extraño a Stanley, la siguiente nota:

"De una carta archivada en el Registro de Estado de la reina Isabel, se desprende que el conde de Derby en Junio de 1559 estaba consagrado en absoluto o escribir obras para los cómicos."

Este dato, y dos cartas encontradas en el mismo libro, en las que un caballero de Inglaterra le escribe a un amigo veneciano en términos parecidos acerca del mismo Lord Derby, chocaron profundamente al escritor francés y lo pusieron sobre la pista de lo que él consideraba un gran hallazgo. De este gran señor Wiliam Stanley cuyos contemporáneos coinciden en presentar como "consagrado en cuerpo y alma a escribir obras teatrales", no se conoce, dice Mr. Lefranc, ni una sola obra. Hay un dato más, sigue diciendo el autor francés: una parte de la nobleza católica inglesa conspiraba en Junio de 1599 para poner en el trono a este mismo William Stanley, cuyo nombre y apoyo consideraban de gran fuerza Pero cuando fueron a hablarle del plan, estaba el conde tan entretenido en la composición de sus obras, que se negó rotundamente a interrumpir su trabajo.

Aunque el libro de Abel Lefranc ha suscitado muchos comentarios entre los hombres de letras francesas, no ha logrado convencer a ninguno de los críticos de peso. Al contrario, en un artículo que vió la luz en «Revue des deux Mondes», André Beaunier insinúa "que sería muy agradable imaginarse que el señor Lefranc, profesor en el «Colegio de Francia» y autor de obras tan notables de historia de la Literatura, no había tenido nada que ver con estos dos tomos que acaban de salir con el nombre de Abel Lefranc, del mismo modo que el drama de Stanley apareció bajo el nombre de Shakespeare. El descubrimiento que hubiera sido tan desagradable para Shakespeare, agrega Beaunier, hubiera sido muy ventajoso en el caso presente para Abel Lefranc.

Y otro escritor, André Fontainas, que escribe en el «Mercure de France» un artículo intitulado «Los insectos en el rosal de Shakespeare», arremete también contra Abel Lefranc arguyendo:

"Qué nos importa que el nombre del autor sea realmente William Shakespeare o Rutland o Derby o el mismo Francisco Bacon? Conservemos para él, hasta que por lo menos aparezca algún documento decisivo y auténtico que efectúe sin discusión el cambio, el nombre que la tradición le ha dado. Esta resolución tendría el mérito de conformarse a los deseos de Rutland y Derby, que se obstinaron en guardar el incógnito."

Y concluye André Fontainas comparando la turbamulta de biógrafos, comentadores, investigadores, disertadores ,pescadores e inventores de todas suertes que a través de los siglos han escarbado en las creaciones de Shakespeare, a la turba de insectos que caen vorazmente algunas veces sobre el rosal más bello y sano del vergel.

Un Libro de Kerensky

Constituye indudablemente una novedad literaria muy digna de mención la aparición de un libro de Kerensky, editado en New York por la casa Dodd, Mead & Co. El libro lleva por título "Los prelucios del bolshevismo" y se compone de las notas taquigráficas de la declaración del

mismo Kerensky ante la comisión que investigaba, poco antes del triunfo bolshevista, los cargos de conspiración hechos contra el famoso general ruso Korniloff, agregándole a estas notas comentarios escritos después de su caída del gobierno.

El libro tiende a demostrar que la oposición a su gobierno que acaudilló el general Korniloff, fue la causa directa de la victoria de los bolshevikis. Kerensky reconoce en Korniloff mucho patriotismo, pero cree que ha sido el instrumento de otros rusos, entre ellos grandes capitalistas.

"Yo nunca dudé de su amor a la patria,—dice Kerensky.— Yo no veía mala intención, sino falta de comprensión y una gran inexperiencia política en el hombre que amenazó a Rusia con tan vasta sublevación. Muchas veces traté de contenerle, pues sabía que estaba instigado por los astutos enemigos de la libertad o por bribones políticos. No pude hacer nada; el hombre que a su manera amaba a Rusia apasionadamente estaba condenado por el destino a ser causa de la victoria de aquellos que la odiaban y la despreciaban."

Según Kerensky, la táctica obstruccionista del General Korniloff, después de haber sido nombrado Jefe Supremo del ejército en el frente, sólo sirvió para aumentar la desmoralización del ejército y para facilitarle el camino a los Rojos, enemigos del Gobierno Provisional. El pueblo de Rusia —agrega Kerensky—, descubriendo en el movimiento de Korniloff la mancha del reaccionarismo y temeroso de un retorno de la autocracia czarista, empezó a desconfiar también del gobierno de Kerensky creyéndole igualmente infestado de tendencias reaccionarias y burguesas; y así hizo posible el triunfo de los elementos extremistas que ahora se conocen bajo el nombre de bolsheviki.

"Una aventura de un pequeño grupo—sigue diciendo Kerensky—se trasformó en la inflamada imaginación de las masas en una conspiración de toda la burguesía y de todas las clases altas contra la democracia y las masas trabajadoras. Los bolsheviki, que hasta entonces habían sido impotentes, se convirtieron en amos de "la Soviet de representantes de los obreros y soldados de Petrogrado", obteniendo allí mayoría por primera vez durante todo el período de revolución. Lo mismo ocurrió en otras partes de Rusia con velocidad de relámpago. A través de todo el país, como en los primeros días de la revolución de Marzo, aparecieron organizaciones espontáneas que asumieron las funciones de gobierno bajo el pretexto de luchar contra la contra-revolución...

"La ola de la anarquía rompió el frente ruso y se desbordó por la nación. Nadie podrá jamás romper el eslabón fatal que une el 27 de Agosto, fecha del levantamiento de Korniloff, al 25 de Octubre", (fecha de la caída del gobierno de Kerensky y del triunfo de los bolsheviki).

Kerensky describe en sus menores detalles las fases todas del debate que tuvo lugar entre él y Korniloff. Nos da cuenta de los ultimatums presentados por los agentes de Korniloff, de los contra-ultimatums de la cabeza del gobierno provisional, de las conversaciones postales sostenidas entre Kerensky, en Petrogrado, y Koniloff en el cuartel general del frente ruso; y en todo el curso de su libro niega indignado la acusación que le hicieron el General Alexeieff y otros de que la revuelta de Korniloff no era más que un entendido subterráneo que obedecía a razones de conveniencia política. También niega con igual vehemencia lo que aseguró Korniloff, en su manifiesto al pueblo ruso, de que el gobierno provisional estaba actuando de acuerdo con los planes del Estado Mayor alemán.

Uno de los cargos principales hechos contra Kerensky es el de que su política vacilante destruyó la disciplina en el ejército; pero, según él, el único culpable fue Korniloff, de quien dice que jugó el mismo papel para el ejército que la contra-revolución de Octubre 25 jugó para toda Rusia: puso al ejército en el camino de su ruina definitiva."

Korniloff y sus partidarios habían asegurado que el bolshevismo ya era fuerte cuando Korniloff trató de lanzar a Kerensky. Pero éste insiste en que en aquella época el bolshevismo no tenía importancia; que fue Korniloff la causa de su triunfo. Kerensky asegura que el bolshevismo surgió como resultado del pánico que gran número de rusos sintieron al creer que con Korniloff volvía la reacción. Korniloff, por su parte, creía que el bolshevismo había adquirido ya proporciones amenazadoras y que se apoderaría del gobierno a menos que un brazo fuerte interviniera.

Y así se va desarrollando el libro, que

no es en el fondo otra cosa que una lamentación de la perfidia de Korniloff. Si no fuera por la extraordinaria importancia de los acontecimientos a que alude de cuando en cuando esta narración, se haría muy pesada su lectura, a causa del «torrente oratorio, conocido flaco de Kerensky, el rasgo mismo que le ayudó a subir hoy para caer mañana.

Kuskinn como Apostol de la Democracia Industrial

En este período en que tantas loas se le tributan a Ruskin en todas partes y especialmente en los países de habla inglesa, viene muy a punto recordar que Ruskin fue uno de los primeros ingleses ilustres que abogaron por la socialización de la industria y la dignificación del trabajador. No hay una sola obra de Ruskin, ni aun entre aquellas que parecen más apartadas del tráfago humano, en que no aparezca de manifiesto su carácter de inconforme con respecto a la estructura social de hoy y la vehemencia con que demandaba grandes y radicales reformas sociales. Y lo curioso es notar que es precisamente entre el grupo de hombres que más le festejan con motivo de su aniversario donde resalta un odio más grande contra su filosofía social.

He aquí cómo dividía Ruskin a los hombres: 1o. Hombres que trabajan, y hombres que juegan. 2o. Hombres que producen los medios de vida y hombres que los consumen. 3o. Hombres que trabajan con la cabeza y hombres que trabajan con las manos. 4o. Hombres que trabajan diestramente y hombres que trabajan deficientemente.

Hablando de la tercera categoría nos dice:

"Supongamos que hemos determinado, en justicia, quién va a hacer el trabajo manual; la cuestión que inmediatamente surge debe ser cómo se les va a pagar y de qué distracción y juegos se les proveerá. Ahora bien, la dosis posible de juego o recreo depende del importe de la paga y el importe de la paga no es asunto que incumbe sólo a los trabajadores manuales, sino a todos los trabajadores. Generalmente el trabajo bueno y útil, bien sea manual o bien sea intelectual, o está mal pagado o no se paga en absoluto. Por regla general, la gente sólo paga para que se la divierta o se la embauque, no para que se le sirva. 5.000 al año para el charlatán y una peseta al día para el luchador, azadonero o pensador..... Pero ha de venir el día en que esto cambie; el día en que se le pague más a Pedro el pescador y menos a Pedro el papa; en que le paguemos a la gente un poco menos por hablar en el parlamento y no hacer nada que por callarse la boca fuera del parlamento y hacer algo; un poco más al labrador que ara y siembra y un poco menos al abogado, y así sucesivamente; pero aún hoy creo posible que al menos nos cuidemos de que cualquier trabajo que se haga se pague completo, y que al hombre que lo haga sea a quien se le pague y no a algún otro, y que el trabajo se haga de una manera ordenada, disciplinada, hábilmente guiados por buenos capitanes y buenos tenientes del trabajo, y que se haga de modo que haya espacio para el descanso, espacio suficiente, y que en estos períodos de descanso el recreo sea un sano recreo, no en jardines de teatro, con flores de talco y luz de lámparas, y muchachas que bailan porque sufren de miseria, sino en verdaderos jardines, con flores reales y luz del sol, y niños que bailan porque están contentos. Debéis tener cuidado de que todo trabajador tenga por lo menos tan buenos libros como cualquiera otro cuando ellos tienen tiempo de leer y salas tan cómodas para sentarse a descansar como las de cualquiera otro sér humano cuando ellos tienen tiempo de sentarse. Esto, creo yo, puede ser logrado por vosotros, mis amigos trabajadores, con sólo quererlo de veras."

Los Románticos del Organo

Joseph Bonnet, organista de la Iglesia de St. Eustache en París y también concertista del Conservatorio, ha publicado una obra musical en cinco tomos que contiene un record de la "Historia de los recitales de organo", título de dicha obra. El tomo 4o. de la colección está dedicado a lo que el autor llama el período romántico: Schumann, Mendelssohn y Liszt, conteniendo siete piezas en 113 páginas.

El prefacio hace notar que el primer volumen de la serie descubre la infinita variedad de cualidades de nobleza, de grandiosidad y de encanto pintoresco que los maestros de los siglos XVI y XVII, ayudados por una técnica prodigiosa, lograron

combinar y exhibir en su música. Estas obras maestras, lo mismo que las de las escuelas remotas de pintura, arquitectura y escultura, constituirán siempre una fuente próvida de enseñanza para los verdaderos artistas, según el autor, quien agrega:

"Cuando apareció Bach, le erigió un monumento eterno a la gloria de sus predecesores, consagrando los maravillosos tesoros legados por ellos. Los grandes compositores católicos Haydn, Mozart, Beethoven y Schubert, aunque casi todos ellos fueron organistas en su juventud, se aficionaron mucho a la orquesta, que los príncipes ponían a su disposición muy frecuentemente, y se acordaron muy poco del órgano. Pero el período romántico no podía pasar sin que se enriqueciera al órgano con una copiosa y valiosa contribución. Las audiciones dadas por Mendelssohn en 1829 de "La Pasión según San Mateo" y de otras grandes partituras escritas por Bach, tuvieron el carácter de verdaderas resurrecciones, pues estas obras maestras habían permanecido en las librerías ignoradas u olvidadas. También en Inglaterra el entusiasmo provocado por el talento de Mendelssohn como organista fue el que indujo a ciertos editores de Londres a publicar las composiciones que iban a señalar una época en la historia de la música de órgano. El arte que hasta entonces sólo se había distinguido por su gracia y elegancia, ganó extraordinariamente en nobleza y fuerza en estas obras para órgano, debidas a Mendelsshon, cuya inspiración fue vivificada de pronto por un impulso más poderoso. En estos preludios, fugas y sonatas, el romanticismo hizo sus nupcias triunfales con las hermosas, sólidas y luminosas formas del arte polifónico."

"Shumann le escribió a Mandelsshon, después de un concierto de éste en Leipsie, destinado a reunir fondos para un monumento a Bach: «Usted estaba tocando, Félix Merite, el preludio a una de sus piezas corales; la melodía parecía entretejida con hilos de oro y la obra respiraba tan gran inspiración, que usted exclamó de pronto:—Si la vida me hubiera privado de toda fe, de toda esperanza, este simple coro hubiera bastado para devolvérmelos—. Yo, permanecí callado, no sabiendo en aquel momento cómo expresarme. Me veía a mí mismo en el cementerio y sentíía un gran dolor de no poder cubrir de flores la tumba del gran Bach»."

Las selecciones de M. Bonnet incluyen cinco de las obras de Schumann para órgano, el estudio en Fa menor, dos cánones en Sí mayor y menor, y dos fugas con el nombre Bach, la tercera y la sexta. Figura también la primera sonata en Fa, de Mendelsshon, y la Fantasía y Fuga de Liszt para coro «Ad nos ad Salutarem Undam.» El editor dice de esta pieza que Saint-Saint la ha declarado «la más extraordinaria partitura que haya sido jamás escrita para órgano».

Las cartas de Swinburne.--Sus simpatías y sus odios

Los autores, Edmund Gosse y Thomas James Wise, acaban de publicar en dos grandes tomos las cartas del famoso poeta inglés Swinburne, con el título de «The Letters of Algernon Charles Swinburne.» Contienen los dos tomos 32[illegible] cartas, que se extienden a un período de más de medio siglo: desde Febrero 17 de 1858 a Enero 11 de 1909.

Estas cartas, además del interés que les dá la luz que arrojan sobre la biografía del poeta, tienen un alto valor literario, por cuando en cuando el poeta le tira alguna que habla de libros, piezas teatrales, versos, y de las figuras literarias más descollantes de su tiempo.

De política, en la cual se interesó bastante Swinburne, no encontramos mucho. De cuando en cuando el opeta le tira alguna que otra piedra a su paisano Gladstone, y en una carta dirigida a Stedman cuenta que una vez un grupo de radicales le ofreció un asiento en el parlamento y que él consultó entonces a Mazzini sobre el particular y Mazzini le dijo que su camino natural era el de la literatura y que en el parlamento sólo perdería su tiempo y su fuerza. Y Swinburne exclama: «Yo nunca me sentí más aliviado que cuando ví que podía negarme a aceptar con la conciencia tranquila».

Lo que abunda principalmente en las cartas es la crítica literaria, pero una crítica llena de la personalidad de Swinburne. Esto mismo se podría decir de todos sus trabajos de crítica, en los que resalta la extravagancia de sus admiraciones y anatemas, pero aquí tenemos sus opiniones escritas sin ninguna idea de que van a ir a la publicidad y por lo tanto sus palabras están saturadas de franqueza.

Swinburne nació tres años antes de que la reina Victoria viniese al trono y empezó

Es curioso lo que dice Swinburne de su afecto por los niños y los viejos:

"Mis amigos me dan bromas por mi chifladura de toda la vida por los niños muy pequeños y las personas muy viejas. De estas últimas, he conocido ya dos sublimes ejemplares en mi abuelo y Mr. Landor y en este verano último tuve el placer de conocer a Mr. Trelawny (el amigo de Shelley, de Byron y de Grecia), trilogía de titanes, uno de los cuales era un gigante de genio. El viejo héroe me llama el último de los poetas, que el creía se habían extinguido todos con Byron. Oírle hablar de Shelley es hermoso y bre su voz (generalmente la de un viejo lobo de mar como es él), cambia siempre y se dulcifica. «Ese era»—dice—«el mejor de los hombres todos, y fue tratado como el peor». El viejo Trelawny es un ardiente republicano y ateo, como era Shelley a los veinte años."

Curiosa es también la observación que hace Swinburne acerca de los americanos en general.

"En cuanto a su carácter—dice—mi impresión, que ha confirmado la experiencia, es que son, o deliciosos, o detestables; la mejor o la peor compañía posi-

y el crecimiento puede continuar hasta los 30. Los acromegálicos tienen la idiosincrasia de la tuberculosis y de los desarreglos cardiacos; la diabetes es enfermedad de la que raras veces escapan.

Desde el año de 1886 esta enfermedad fue descrita en los cuadros nosológicos, desde entonces ha preocupado a muchos cientistas y merecido muy atentas observaciones etiológicas, quedando demostrado que ella proviene de las secreciones anormales del lóbulo anterior de la hipófisis o cuerpo pituitario.

Hase comprobado, además, que las otras glándulas de secreción interna, como las tiroides, las paratiroides y las suprarrenales, tienen una marcada influencia sobre los fenómenos de nutrición, que son los más importantes en el proceso de la vida.

"Pero la glándula más importante—dice el argentino Alberto Palcos—es, sin duda, la tiroidea. Sin ella el equilibrio nervioso desaparece y no hay pubertad posible. Basándose en las importantes funciones de esas glándulas, se ha emitido la hipótesis de que la degeneración está estrechamente vinculada a las alteraciones del sistema glandular interno regulador de la nutrición. Si esta hipótesis se demostrase, inferiríanse de ella consecuencias de incalculable valor. Conocemos ya, positivamente, que el mixodema, ciertas formas de idiotez profunda y el cretinismo, están ligados por manera inseparable a las alteraciones de la tiroides; legítimamente se ha extendido esta hipótesis a formas análogas de alteración mental."

Los hechos comprobados en este nuevo campo de la investigación psicopática y en el cual habremos de encontrar la clave de las degeneraciones humanas, son de una novedad prometedora. Se ha verificado, por ejemplo, que la supresión de las glándulas paratiroides producen en el animal una muerte por intoxicación activísima; las alteraciones de la hipófisis, como lo ha comprobado el profesor Jacobson, motivan la acromegalia, así como las degeneraciones adiposas o la extremada flacura. El infantilismo sexual que han padecido muchos santos y santas, se debe también a los desarreglos de la hipófisis.

La tiroides, según la valiosa observación del profesor Pende de Milán, "es la verdadera glándula de la inteligencia".

Que día por día la psicología hace sorprendentes penetraciones en los dominios del alma, abusivamente monopolizados por los explotadores de la conciencia, es asunto que no admite réplica.

La terapéutica de la risa

GUILLERMO PATTERSON JR.

DESDE los tiempos remotos ha existido en todas partes la creencia, sin base aparente, de que la gente gorda es feliz. El reverso se ha derivado como corolario que todo el que sufre moralmente con el bien de la humanidad se enflaquece. Estas creencias que han pasado a la categoría histórica de tradiciones fantásticas dieron origen a frases que usamos todavía con mucha frecuencia, si bien es cierto que para el hombre contemporáneo no tienen el mismo significado gráfico que expresaban a la comprensión de nuestros antepasados. Entre otras están las siguientes: «ríete y engorda»; «más feliz que un gordiflón»; «más desgraciado que un tísico»; «más flaco que un envidioso»; «está flaco de tanto regañar.»

Pocas son las personas que no han repetido alguna de estas frases comunes; pero a ninguna quizás se le ha ocurrido que la risa sea verdaderamente cosa digna de lugar en la farmacopea. Nadie niega, sin embargo, que las distracciones oportunas son para el convalecimiento más eficaces que las mejores medicinas y que la melancolía o tristeza habitual acaba con el sistema nervioso mejor constituído, por lo que no solo acorta aun más la existencia transitoria del individuo sino que hace de esa vida efímera una carga insoportable.

Pero ningún médico había usado hasta hoy la risa, que sin duda es un agente medicinal de primera calidad, de una manera ordenada, racional y sistemática para curar las enfermedades. Le ha tocado al Dr. F. de Havilland Hall, médico inglés de nota, introducir la «cura por medio de la risa» como

un sistema terapéutico de indiscutible valor científico. El famoso médico de Albión hace una brillante exposición de sus métodos en el «British Medical Journal».

No la ofrece como una panacea para todas las enfermedades. Eso sería pregonar una ineficacia que no tiene o ponerla, por lo menos, en categoría dudosa, ya que es sabido que lo que todo lo cura nada cura. Por el contrario; el autor recomienda encarecidamente que no se aplique a individuos patológicos que sufran del corazón, de pleuresía o de peritonitis. Verdaderamente, estos enfermos delicados requieren reposo y tranquilidad y si en vez de evitarles emociones intensas les indujéramos a caer en un acceso fatal de risas terapéuticas, pronto sería descartada para siempre la naciente y la «hilaroterapia». Pero en bronquitis, nefritis, las neuroses, cólicos, melancolía, decaimiento general y otras enfermedades comunes parecidas, no cabe la menor duda de que tiene completa razón el distinguido Galeno.

¿Quién que haya sido movido a risa durante un ataque de bronquitis pueda dudar de las cualidades espectorantes de la risa? Como diaforético qué puede excederla? Y tiene también gran efecto estimulante sobre otras funciones de eliminación.

Por otra parte, el aspecto que no se ha estudiado a fondo es su farmacología, pues ya todo el mundo habla de la psicología de la risa, de la etiqueta de la risa, del arte de sonreír, etc. Nadie discute siquiera el hecho de que da temple muscular, de que elimina la sangre de las visceras hipertrofiadas, de que aviva el cerebro adormecido, de que despierta el sistema nervioso inactivo y de que estimula las glándulas secretorias y exsecretorias.

Ha llegado para el médico, pues, el tiempo de olvidar las odiosas fórmulas de recetas amargas y desabridas, y de sustituírlas en su memoria por cuentos ocurrentes, chascarrillos y chistes bien clasificados y adaptables a todos los gustos.

Los frascos del farmacista que adornan los aparadores en todos los comedores de los hogares latinoamericanos serán sustituídos por tarjetas que digan: «Una buena carcajada antes de cada comida», o «una sonrisa antes y después de comer», o «tres minutos de risa cada dos horas». Por supuesto que las circunstancias especiales de cada enfermo constituirán el estudio principal del médico; así a un individuo próximo a casarse no se le echarán cuentos de las suegras y a éstas mucho menos.

Con un poco más de estudio, tomando la risa más en serio, muy bien puede desarrollarse un nuevo sistema terapéutico que dejará muy atrás a todos los demás. Cuenta para ello con la inmensa ventaja sobre los antiguos de que con él no se necesitan polvos, ni parches, ni ungüentos, ni medicinas desagradables; al contrario, será de lo más placentero reírse a toda hora del día, ver el lado ocurrente de la vida, buscar en la naturaleza los rítmicos acordes del buen humor y de la alegría del vivir, cantar el inmortal gorgeo de la sonora carcajada como los pájaros, como los ríos, que cantan un himno de bondad, de exhuberancia y de despreocupación a la vida armónica del universo.

Notas panameñas

J. D. MOSCOTE

Hombres y cosas

Con nuestros lectores

El primer número de Cuasimodo ha dado lugar en todo el país, y especialmente en esta capital, a diversas y encontradas opiniones. Quiénes, animados de un generoso sentimiento de benevolencia, han colmado de elogios y de frases, por demás halagadores, nuestra esforzada labor. Son ellos unos cuantos amigos y simpatizadores cuya voz de aliento estimamos, desde luégo, en lo que valen. Quiénes, severos e intransigentes censores de las ajenas actividades, no sólo no han aprobado los arrestos de nuestra empresa, sino que, como inspirados videntes, miran cercano e inevitable su fracaso. Estos son ciertos sujetos difíciles de contentar, que nunca han hecho nada ellos mismos, pero que, en cambio, todo lo hallan mal.

¿Hemos de hincharnos o de enflaquecernos por tales opiniones de unos y de otros? No señores, estamos, a Dios gracias, limpios del pecado de superficialidad que en este caso consiste, evidentemente, en dar importancia exagerada al tono agradable o desagradable de las palabras y descuidar el motivo, la intención, del que con ellas pretende aplaudirnos o censurarnos. Porque somos humanos es claro que no podemos considerarnos exentos del influjo del sentimiento; pero son constantes los esfuerzos que hacemos para alcanzar la necesaria impasibilidad, que nos permita intelectualizar las impresiones que recibimos, objetivarlas, y separar de ellas lo que en último y frío análisis deba contribuír a la formación completa de nuestras verdaderas opiniones, y, sobre todo, de las inmediatamente llamadas a señalar la dirección de nuestra conducta. Esta actitud, que ya es un hábito en nosotros, nos permite apreciar, con adecuado y sereno criterio, los más opuestos conceptos, y derivar de ellos los elementos constitutivos de la única verdad que nos importa saber. Por eso antes que todo queremos preguntar: ¿Vale realmente algo nuestro magazine? ¿Existen necesidades en el ambiente local y en el hispano-americano que justifiquen la orientación que Cuasimodo quiere seguir?

Uno de nosotros que tuvo la paciencia de escudriñar hasta por los últimos rincones de Panamá lo que se pensaba de nuestra revista, nos ha transmitido algunos conceptos específicos que podrían servir de contestación a las cuestiones que hemos propuesto. Allí donde el sufragio público le favorecía los amigos decían que era «muy bonito», «muy bueno», que su material estaba «bien seleccionado»; y en donde los votos le eran adversos se le tachaba por «sus tendencias socialistas» por el «crudo lenguaje» de algunos de sus artículos, por el «irrespeto» con que habían sido tratados algunos personajes de cuenta biografiados en esta misma sección, porque «era mucho para Panamá», o porque, ningún interés podía despertar en otros países más cultos que poseen mejores y más importantes publicaciones. Ahora bien, tomando las cosas en serio, con propósito honrado de comprender, ¿qué conclusión es posible sacar de tan variados pareceres? ¿Por qué es «bonito», «bueno» y «selecto» el material de Cuasimodo? ¿Por qué deben dar lugar a reservas mentales sus dichas «tendencias socialistas»? ¿En qué consiste la irreverencia del trato dado a ciertos personajes, que se nos imputa? ¿Cómo es «crudo» el lenguaje de nuestro Director? ¿Por qué, en fin, esta ciudad debe cargar perpetuamente con el triste privilegio que espíritus incorregiblemente pesimistas quieren adjudicarle de ser reacia a todo cuanto signifique progreso intelectual, y cultura sanamente idealista? ¿Cuántos magazines hay en esta América, estadística en mano, de la índole, de los propósitos del nuéstro?

Obsérvese que nosotros nos limitamos a hacer interrogaciones, a plantear problemas que a otros interesa resolver, pues obvio es que por lo que a nosotros toca estamos satisfechísimos de nuestro trabajo por más defectos que tenga o pueda tener. Si estamos empeñados en él es porque lo creemos conveniente y benéfico para los intereses morales e intelectuales de hispano-américa.

¿Responderá el público panameño a estas insinuaciones con otras cosas que con esos simples juicios sintéticos: «CUASIMODO es muy bonito», «muy bueno», que no obstante ser verdaderos juicios ningún juicio contienen. Francamente nosotros queremos algo más, ya que nuestro magazine es sobre una empresa de miras utilitarias un amplio pensamiento renovador de tendencias socializadoras que a todas las inteligencias y a todas las voluntades se dirige para unirlas en la comunión verdaderamente sagrada de un nuevo evangelio de vida.

A propósito de una carta

Panamá, Junio 13 de 1919.

Señor Dr. J. D. Moscote,

Administrador de CUASIMODO,

Ciudad.

Estimado amigo:

Ha llegado a mis manos un ejemplar del primer número de su importante revista que estaba deseoso de conocer y permítame, ante todo, que le envíe mis más calurosas felicitaciones, que por conducto suyo hago extensivas a los demás caballeros que lo han acompañado en su ardua labor de fundar en Panamá una revista de tanto aliento como CUASIMODO, que está llamada a ejercer gran influencia en el progreso intelectual del país.

En la sección titulada «Notas Panameñas» encuentro un artículo destinado a estudiar mi personalidad política, el cual he leído con sumo interés por haber encontrado en él algo nuevo, algo que se sale del molde común adoptado por nuestros escritores. Estudia usted en él mi actuación colocándose para ello en un campo completamente neutral, haciendo a un lado los lazos de amistad que nos une y sin inspirarse tampoco en las odiosidades que nunca han mediado entre usted y yo. Ha procedido usted en esto con entera honradez, y por ello merece nuevas felicitaciones de mi parte, a pesar de que, como es natural, no estemos usted y yo en un todo de acuerdo acerca de las apreciaciones que ha expuesto.

Si usted continúa por la senda que se ha trazado al escribir esa, la primera de sus notas, mantendrá en alto el prestigio de que goza CUASIMODO, desde el primer día de su vida, la cual deseo sea muy larga y próspera.

Quedo de usted muy atento servidor y amigo,

BELISARIO PORRAS

Las precedentes líneas, dictadas, indudablemente, en un rapto de pura sinceridad, han merecido ciertos comentarios que, llegados hasta nosotros, necesitan de nuestra parte alguna advertencia.

Entre otras cosas menos expresivas se ha dicho: Que únicamente la generosidad del doctor Porras pudo haberle inspirado tal carta, a todas luces por encima del mérito real de la nota biográfica que es su motivo; que si él se hubiera fijado detenidamente en ciertas frases de dicha nota, habría encontrado en ella razones no para felicitarnos, sino para darnos una lección acerca del respeto que merecen las personas constituídas en cierta dignidad; que su objeto fue, nada más, ganarse nuestra voluntad mediante unas cuantas almibaradas palabras que sedujeran nuestra vanidad, que... basta; no vamos a repetir las pequeñeces que para interpretar lo que no necesita interpretación se han echado a volar por esos mundos de Dios.

Prescindimos de lo de la generosidad para no tener que hablar de la importancia del bosquejo que intentamos hacer de la personalidad del doctor Porras. Que dicho documento, es decir, la carta, sea o no generoso, o que nuestro trabajo valga algo o no valga nada, no son asuntos que nos llevarán a quisquillosos devaneos. Allá los deseosos de notoriedad que no pueden consentir la más leve sombra sobre su limpia reputación de hombres de letras. Estas, para nosotros, si bien no pueden considerarse como cosas esperibles (el término no es de nuestro vocabulario) no pasan de ser simples formas en que cada cual vacía a su modo, las verdades de la inteligencia o del corazón que ha pensado o sentido. Con que pasamos de largo después de encogernos de hombros.

En cambio, sí nos detenemos para vituperar la conducta de quienes pretendiendo habérsenos sustituído espiritualmente, han hablado en seguida como si supieran de fijo lo que pensábamos en nuestro fuero interno cuando el estudio sobre el doctor Porras escribíamos. Probablemente lo que habrían creído los escrupulosos exégetas de nuestro pensamiento es que hubiésemos falseado la

figura moral del hombre y del político para satisfacer veleidosos caprichos partidaristas o para formar con ella un héroe nacional cuyas hazañas fueran el pasmo de los tiempos. Mas ¿querrían decirnos los tales por qué debíamos alterar la verdad o darnos a figuraciones fantásticas cuando no estamos ligados por vínculos de ninguna especie a las diferentes parcialidades que bajo diversas denominaciones adjetivas se han disputado el poder entre nosotros? ¿Se ha olvidado que ayer no más fue nuestro principal deber social colaborar en la educación de buena parte de la juventud panameña y que si el oficio, como la nobleza, obliga, no nos permitiremos jamás, y menos de la noche a la mañana, enlistarnos en el número de esos extraños seres que comienzan por acallar sus ideas y sus sentimientos y luego acaban incitando a los incautos y a los simples a que hagan lo mismo que ellos han hecho?

Enderécense el espíritu, cálense bien las lentes de la razón nuestros censores y admítan luego con nosotros que nunca la verdad, ni siquiera la que es nuóstra, propia, le quebrará los huesos a nadie ni mancillará la fama de persona alguna. Lo que sucede es que hay una ausencia completa de voluntad para decir lo que se siente y lo que se piensa y por eso cuando alguien ensaya sacudir la pereza característica de la psicología criolla su acción promueve escándalo y se le tilda de irrespetuoso e irreverente. En nuestro caso, es consolador, no obstante, la conducta observada por la supuesta víctima de nuestros irrespetos, por que algo es, efectivamente, que ella misma haya dicho que nos hemos salido del «molde común de nuestros escritores» y mucho más todavía, que haya reconocido que a pesar de eso, hemos procedido con «entera honradez» al estudiar su actuación política.

Dígase ahora lo que se quiera de la carta del señor Presidente, pero acéptese que ella es una rotunda repudiación de los métodos que se gastan algunos amigos suyos, más realistas que el rey, y no pocos de sus enemigos, literalmente ciegos de odio y de apasionamiento.

Y en cuanto al último decir que nos fue transmitido sólo tenemos que hacer unas breves declaraciones. No hemos estado nunca ni más cerca ni más lejos del señor Presidente, que lo estamos ahora. Su amistad, que creemos no haber perdido, nos ha sido útil, pero sin el más insignificante sacrificio de nuestro orgullo personal. Nosotros no tenemos nada que ofrecer, ni mucho menos que dar para que haya persona sensata que quiera elevarnos a su reino, en donde de nada le serviríamos.

Federico Calvo

Hemos vacilado un poco antes de decidirnos a incluír el nombre de este amigo en la lista de las personalidades a quienes CUASIMODO desea hacer figurar en estas páginas; pero para que no se tome a mal esta declaración vamos inmediatamente a explicar el sentido de nuestras palabras. Es que hay aún una gran mayoría de personas irremediablemente imbuídas en la idea falaz de que la distinción intelectual o moral de un hombre debe ir siempre unida a circunstancias genealógicas, de educación y otras, más o menos socorridas; y temíamos que no estando debidamente informados, acerca de estos particulares con respecto a la vida de Federico Calvo, la semblanza que de él hiciéramos resultara pálida o muy descolorida y disgustase, si no a él, al público lector.

Cedimos, con todo, a nuestro primer propósito en virtud de dos consideraciones que nos parecieron de mucha fuerza. Una es que cualquiera que sea el respeto que nos merezcan las opiniones y gustos de los demás, no nos creemos por eso obligados a prescindir del elemental derecho que tenemos de expresar los que tenemos por muy nuéstros; otra, que dos lustros de trato y relaciones con un hombre que con nosotros ha convivido, día a día, ofrecen ellos solos suficientes datos para apreciarlo con probabilidades de acierto, sin dejar mal parados los fueros de la justicia.

Federico Calvo no ha nacido en tierras del Istmo, ni vino a esta ciudad con los prestigios que suelen dar los títulos académicos, las distinciones oficiales o los bienes de fortuna. No sabemos ciertamente qué vientos le trajeron a estas playas, ni cómo se las arregló para plantar en esta ciudad cosmopolita su tienda de errante peregrino. Sólo creemos recordar que cuando lo conocimos formaba parte de la «troupe» de pedagogos cortarricenses que don Justo A. Facio importó a Panamá poco después de habérsele encomendado la organización del Instituto Nacional. La actuación de Calvo en la cátedra de Psicología de este plantel (1909 a 1910), en la misma época en que un grupo de profesores sencillos, sin pretensiones de ninguna clase, echaban las ba-

ses sobre las que el Instituto se ha desarrollado después lozanamente, comenzó a darle cierta notoriedad, poco envidiable, por cierto, debido a las consecuencias que luego le afectaron.

El profesor impío, materialista y ateo, irrespetuoso de las creencias de sus alumnos, perturbador de la tranquilidad de los padres de éstos y del orden social, pronto sintió que se enrarecía la atmósfera que le rodeaba; y para que no le asfixiase, se vió obligado a abandonar el país por breve tiempo, al cabo del cual reapareció en esta capital actuando en otro campo, indudablemente más extenso y de mejores perspectivas que el del profesorado, pero no menos expuesto a los ataques y asechanzas de los poderosos señores de la tradición. Federico Calvo se dedicó entonces al periodismo, y las columnas editoriales del «Diario de Panamá», así como las páginas de otros periódicos y revistas fueron cruelmente fatigadas bajo el peso de numerosos artículos de combate y de propaganda de las ideas a que siempre ha rendido culto. El carácter francamente positivista, irreverente, libérrimo y, si se quiere, demoledor de sus escritos lo mismo que la forma desenvuelta, sin acicalamientos y, a veces, ruda de su estilo, llamaron de nuevo la atención pública hacia nuestro amigo, que, a poco, hubiera tenido que dejar este suelo que tan hostil se le mostraba.

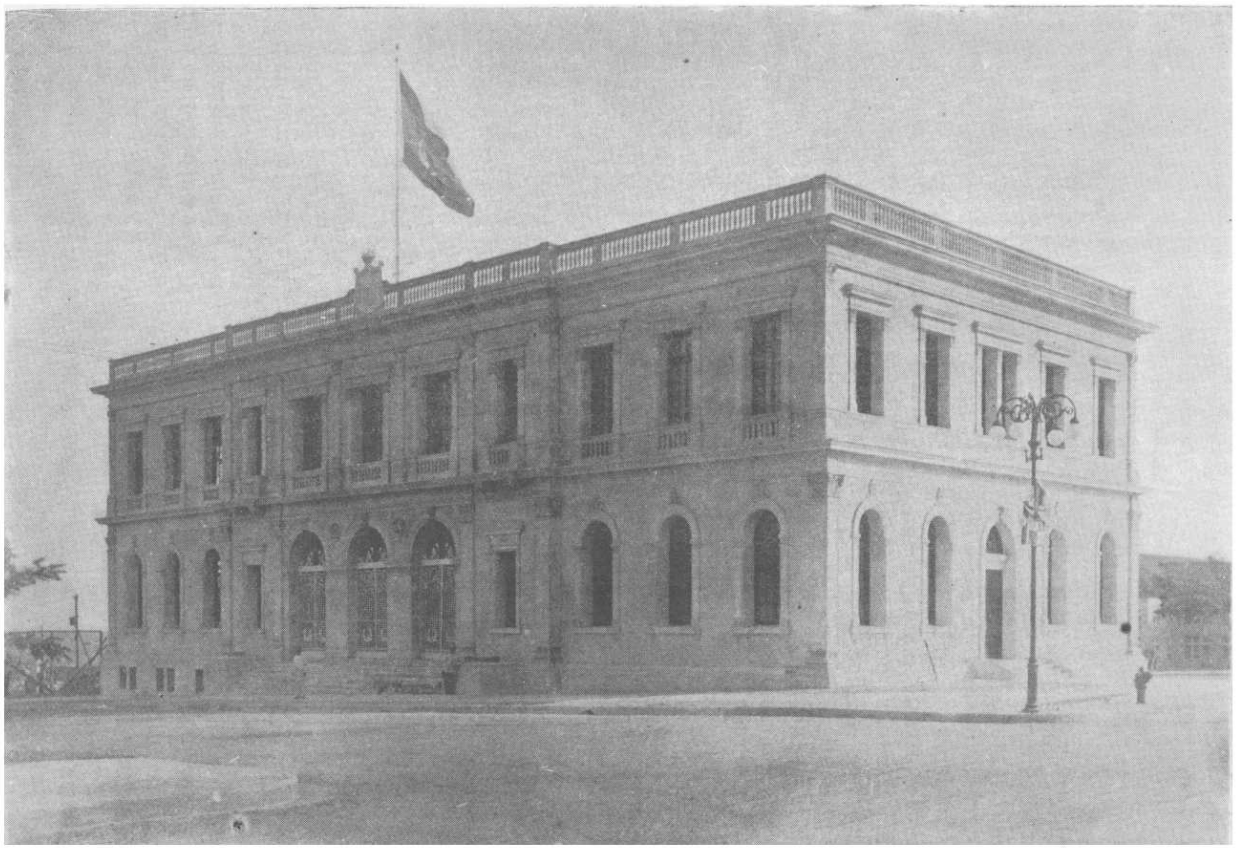
Sin embargo, Calvo, que ha sido siempre la pobreza personificada, que no ha gozado casi nunca de adecuada remuneración a sus aptitudes de hombre estudioso y a sus capacidades de diarista vibrante, comprensivo y audaz, que por cada simpatizador y amigo ha tenido una docena de adversarios y de malquerientes, no arrió las velas esta vez y corrió el albur de la nueva tempestad que se desató sobre su cabeza. Panamá es un pueblo de impresiones pasajeras; vino la calma y con ella la serenidad reflexiva, la indiferencia y el olvido de un pasado que sólo pudo hacer vituperable al exagerado celo de la fe religiosa y el miedo a las ideas libres que todavía continúa siendo la característica de los tiempos que vivimos. Posteriormente a tantas peripecias, Calvo ha seguido imperturbable predicando en nombre de la psicología, y de las leyes sociológicas, que nuestro amigo conoce hasta en sus más recientes progresos, una especie de determinismo universal que, lógico, como es, no deja de parecernos tan dogmático y estrecho como cualquiera otra concepción del mundo de las circulan por ahí.

Ahora las ideas del periodista revolucionario no inquietan a nadie, aunque es evidente que son las mismas que tenía hace unos diez años, por las cuales tuvo que abandonar el país y sufrir no pocas desazones. Hablándole no ha mucho, y nos decía que era un hombre fracasado; pero no estamos de acuerdo con él, pues si es verdad que la fortuna le ha negado sus halagos pecuniarios, no lo es menos que le ha permitido realizar cierta labor civilizadora entre nosotros que comienza a serle reconocida. El gobierno lo ha puesto al frente de un cargo de confianza y es general el concepto de que goza, de que a pesar de sus intemperancias ideológicas, de su radicalismo positivista, sus artículos iluminan las cuestiones que tratan y contribuyen a derribar ídolos engreídos de la inteligencia. Calvo es, pues, un elemento socialmente útil que se caracteriza por la convicción que tiene de sus ideas melioristas y por el optimismo contagioso que de ellas trasciende.

Al llegar aquí quisiéramos no seguir más adelante, no saber más del trozo de vida de nuestro amigo a que nos es dado referirnos. Es tan dulce y saludable para nosotros creer perfectos, absolutamente sanos a nuestros semejantes, y otorgarles sin reservas el beneficio de nuestra buena fe, que cuando algo viene por la fuerza a arrancarnos de esta actitud, nos sentimos profundamente contristados. Nos hemos preguntado siempre, con respecto a Calvo, por qué él, que sabe mejor que nadie lo peligrosa que es para los periodistas pobres la amistad de los grandes de la política en los trópicos,, ha sido tan amigo de éstos y principalmente de los que han escalado las alturas del poder. Tendremos probablemente ocasión de inquirirle personalmente en una de esas amenas charlas, con que a menudo nos obsequia, la explicación de este su caso que de intentar hacerlo nosotros mismos, quizás llegaría a conclusiones injustas.

José D. Crespo

Alguna persona, a la cual manifestamos la intención que teníamos de escribir unos cuantos párrafos sobre el joven a quien corresponde el nombre que acaba de leerse, nos improbó tal propósito con la aparentemente perentoria observación de que su vida no ofrecía hasta aquí nada digno de tomarse en cuenta; que era como un libro en blanco en el que por no haberse escrito o impreso algo, nada podía ser leído; y agregó que justamente por causa de los



LA LEGACION DE ESPAÑA EN PANAMA

La construcción arquitectónica más regular y más perfecta que embellece los terrenos en que se verificó la Exposición Nacional de 1915. El Gobierno español respondiendo al regalo que del lugar le hizo el Gobierno panameño, mandó construír allí esta valiosa obra de arte.

juicios y alabanzas prematuros que suelen tributarse a jóvenes, sin duda muy inteligentes, pero sin méritos todavía que abonarle en su haber, era por lo que estaba desarrollándose entre nosotros la perniciosa idea que consiste en creer que la juventud, por el solo hecho de la juventud misma está preferentemente llamada a las mejores y más altas dignidades.

Confesamos que tal observación, que nos fue hecha de buena fe, produjo tal impresión en nuestro ánimo, que estuvimos a punto de abandonar lo poco que ya teníamos apuntado para dar comienzo a esta nota. Habíamos pensado ya, en efecto, que eso de escribir la biografía de una persona cuya vida apenas comienza, es una empresa peligrosa porque no ofreciéndonos hechos qué estudiar, qué examinar, por fuerza tenemos que entregarnos en las alas de la imaginación y sobre ellas llegar hasta el reino de la fantasía. En tales alturas, nos decíamos, nadie puede hallarse seguro de guardar bien el equilibrio del espíritu, ni ver claro en sus exactas proporciones, la realidad que le interesa. Lo que más le domina es el empeño temerario de ignorar el punto de vista en que propiamente debe ser apreciada cada persona o cada cosa, la tendencia a hacer hipérboles sobre hechos de escasa importancia, y en situaciones, como en la que nosotros nos hallamos ahora, a convertir en eminentes personalidades sujetos que apenas tienen las necesarias condiciones de simples personas. Si tales resultados son los comunes en sociedades de mejores condiciones de civilización ¿cómo no serán los que se producen en las democracias primitivas, en las que la ausencia de valores humanos efectivos alza demasiado fácilmente la cotización de los pocos y mediocres que en ellas suelen encontrarse?

A pesar de las precedentes consideraciones hubimos de proseguir en la tarea que ya nos habíamos impuesto por dos razones principales. La primera es que nosotros no hemos pensado nunca en hacer verdaderas biografías de las personas que en esta sección figuren, sino simples notas, o breves noticias de pasajera significación, dirigidas más que a otro objeto, a llamar la atención sobre los colaboradores que con sus producciones nos ayuden a sacar adelante esta agobiadora tarea en que nos hallamos comprometidos. Y podemos decir aún, que pensamos preferentemente en el público extranjero, ya que entre nosotros son demasiado conocidas las pocas personalidades salientes que puedan ocuparnos. La otra razón consiste en el convencimiento que abrigamos de que aunque nuestro cariño por Crespo nos llevase, en contra de todas las posibilidades, a convertirlo en hombre de mérito y valor extraordinarios, nuestra debilidad no tendría consecuencias dañosas porque nuestro amigo no está afectado en forma alguna del terrible mal de que padecen algunos jóvenes, que estriba en un ardiente y desenfrenado deseo de llegar a la cumbre de la notoriedad, antes de lo que razonablemente sería de esperarse.

Crespo es en la actualidad un verdadero valor que comienza de modo muy feliz su desarrollo. Educado bajo la dirección de sapientísimos profesores en la mejor universidad americana, poseedor él mismo de un talento muy claro y de un profundo amor al estudio, acaso no sea aventurado vaticinar que el porvenir será suyo. Las primeras manifestaciones de sus capacidades, patentes en algunos trabajos de índole pedagógica que ha publicado en «La Revista Nueva» o leído en el aula máxima del Instituto Nacional, carecen, desde luégo, del suave atractivo que pudiera comunicarles una dicción esmerada y pulcra; pero se distinguen por el jugo sustancioso del pensamiento que satisface siempre a quien más que de frases y figuras se paga de ideas, de hechos y de realidades. El artículo verdaderamente importante con que honra hoy nuestro amigo las páginas de CUASIMODO, sería suficiente prueba del vigor de su mentalidad y de lo mucho que es posible esperar de ella cuando menos fuego en sus pasiones y algo más de serenidad en sus juicios le den la alteza espiritual que tanto han menester los que aspiran a hacer de su vida un magisterio.

El joven Crespo, sin embargo, se estima mucho más, a lo que parece, y como debe ser, en su profesión de educador teórico y práctico, es decir, de hombre que posee una disciplina que cultivar por ella misma y que enseñar a otros. Esto es decir que nuestro amigo es el profesor de Pedagogía del Instituto Nacional y sugerir a la vez, que en tal cargo tiene sobre sí una enorme responsabilidad por la orientación que dé a su enseñanza y las ideas fundamentales en que la inspire. Juzgo que no es tiempo de avanzar conceptos de alcance definitivo acerca de los resultados probables de su actuación profesional. Además de que para ello tendríamos que terciar en la lucha de tendencias encontradas que en la actualidad

existe en dicho plantel—lo que de ninguna manera deseamos hacer—carecemos de la tranquilidad y el tiempo necesarios para dedicarnos a formular valorizaciones que fuesen justas y útiles para la causa de la educación nacional. Lo único que nos es permitido sostener es que hay un interés de alta política con respecto a las relaciones que mantenemos con los Estados Unidos que nos aconseja dar a nuestras instituciones educativas cierto tono que, sin quitarle el carácter propio que nuestras tradiciones e idiosincracia demandan, contribuya a que nuestra juventud llegue a comprender debidamente el espíritu de la civilización superior bajo cuyo manto de grado o por fuerza nos cobijamos. Es cuestión de pura y simple conservación, de cálculo, de interés y no de sentimentalismo, que, en este caso, más que en cualquier otro, nos sería profundamente dañoso. Nosotros creemos que el profesor Crespo reconoce ampliamente este interés y que encaminando sus actividades en tal sentido, como ya comienza a hacerlo, el triunfo será suyo, en no lejano plazo. Mientras tanto, sepa que las miradas de los que tienen fe y creen en la regeneración del país por medio de la educación están fijas en él, porque le consideran como uno de los más patriotas, más consagrados y más hábiles profeesores nacionales.

El 14 de Julio en Panamá

Esta clásica fecha histórica, que no sabemos por qué misteriosa virtud sigue apasionando a la humanidad a través del tiempo y a pesar de los signos inquietantes que anunciando están una radical transformación de todos los viejos valores humanos, ha sido especialmente festejada en la República este año. Todas las clases sociales, el pueblo humilde, los adinerados, el mundo intelectual y oficial, todos, en fin, tuvieron alguna palabra, algún gesto de simpatía para la divina Francia y sus glorias inmortales. Una piedra simbólica de los vínculos espirituales que unen a dos pueblos diferentes en civilización, pero iguales en el amor a la Libertad y al Derecho; una velada romántica en el aula máxima del Instituto Nacional, agasajos oficiales y discursos de rememoraciones históricas, eso fue, en síntesis, la fiesta con que Panamá honró el día de la Bastilla.

El señor Presidente de la República en el acto de inaugurar en la plaza de Chiriquí un monumento consagrado a los iniciadores del Canal de Panamá, y de dar a esa plaza el nombre de Francia, expresó y resumió de manera feliz y autorizada el valor moral de la trascendental fiesta, con el discurso que se leerá a continuación y con el cual se cierran estas notas.

Señores:

El «Comité France Amerique», y particularmente el estimable señor de Simonin, Encargado de Negocios de Francia, han venido acariciando desde hace algún tiempo el hermoso proyecto de obtener del Gobierno panameño este sitio retirado y tranquilo, frente a la Legación Francesa, a orillas del mar, en donde apenas se oye el rumor clamoroso de sus olas y desde donde se alcanza a divisar la entrada del Canal Interoceánico, para erigir en él un monumento que recuerde a las generaciones venideras los esfuerzos y las privaciones de los primeros zapadores de la portentosa obra del Canal, de los cuales tenemos ya alzado aquí cerca el busto de Napoleón Bonaparte Wyse, el precursor de todos esos precursores, muchos de los cuales, además, aquí rindieron la última jornada de la vida sin ostentaciones ni bullas resonantes, aquí en nuestra tierra amada que guarda sus restos ya casi olvidados.... Al fin han conseguido realizar su proyecto, y háme tocado a mí, por ser hoy el Primer Magistrado de la Nación, la honra singular de consagrar este sitio a la memoria de esos héroes callados, y darle el nombre imperecedero del país en donde se mecieron sus cunas y les dió el modelo de su noble desinterés.

Nada me ha parecido más natural y legítimo como que nosotros los panameños contribuyamos de algún modo a la justa glorificación de esos insignes zapadores, porque si a España la llamamos Madre Patria y la amamos como madre porque venimos de ella y porque nos dió su sangre, los tesoros de su historia legendaria y de su lengua incomparable, y a los Estados Unidos, la gigante nación del Norte, le debemos nuestra existencia política y nuestro adelantamiento en el camino del progreso, Francia es nuestra madre espiritual y a ella le debemos nuestros gustos, nuestra cultura, nuestras ideas filosóficas, nuestros entusiasmos y aún nuestros sueños de gloria. Desde niños, en efecto, cuando apenas podemos leer, abrevamos nuestra inteligencia en la fuente

de la literatura de Francia, poblando nuestra infantil imaginación con sus historias caballerescas, con sus cuentos fantásticos y con sus fábulas ingeniosas, haciéndonos románticos además con sus novelas candorosas e ingenuas. La historia del mundo, cuando jóvenes, se nos hace atrayente y seductora, por las acciones deslumbrantes de los héroes franceses, y desde esa edad hacemos francamente nuestra filiación en la vida política, devorando las páginas de su tormentosa y trágica Revolución. Quién no conoció a Pulgarcito y a la Caperucita encarnada? ¿Quién no se aprendió de memoria la vida de los Doce Pares de Francia? ¿Quién que viaje por nuestros campos del interior no recuerda sonreído al amable Lafontaine al oír cantar la cigarra, ensordeciendo el bosque, el mes entero de nuestro seco Abril? ¿Quién no lloró con Chactas a Atala y a Virginia con el pobre Pablo? ¿Quién que fue a París, ya hombre, no quiso conocer la tumba de Abelardo y Eloísa?... Yo no he podido olvidar, a pesar de mis años, nada de eso, y si cuando joven quise, como otros muchos jóvenes, imitar la nobleza de Bayardo, el real, y la de Athos, imaginario, la decencia y gentileza de Godofredo de Bouillón, y ser tan valiente como el bravo Crillón o como el guapo D'Artagnan, a Napoleón el Grande me parecía escucharlo al pie de las Pirámides, asistir con él a la batalla de Austerlitz, y con él, en fin, viajar despavorido y tembloroso por las estepas de Rusia. Estudié las ciencias exactas en textos escritos por sabios franceses; la Economía Política con Juan Bautista Say, con Mathus y con Bastiat, y en política me hice Girondino y me pareció presenciar emocionado y lloroso la decapitación de esos brillantes teóricos doctrinarios.

Hay naciones que han ejercido influencias sobre otras por la conquista y la colonización, imponiéndose sobre pueblos pobres, ignorantes y débiles, pero Francia la ha alcanzado enteramente entre nosotros sin enviarnos sus expediciones guerreras, ni pretender imponernos su voluntad ni sus autoridades ni sus leyes, sino suavemente, dulcemente, haciendo penetrar las sutilezas de su espíritu, sus gustos refinados, las vibraciones de su vida y las grandezas de su ejemplo en el alma de nuestro amado país.

Esta fiesta es, en verdad, la fiesta de Francia y la fiesta en honor de sus héroes. La fecha en que estamos es clásica, de puros recuerdos de la libertad, de la libertad verdadera no acordada en los papeles ni por privilegios, sino la Libertad por la cual Francia peleó por el género humano, un día como hoy, en frente de la sombría Bastilla, libertad de la cual se pondrá un día en posesión el mundo entero con los títulos de la razón en la mano.

La época también es propicia para estas glorificaciones. Aquí cayeron los héroes del teodolito, de los planos y del compás, de pala y azadón. A ellos pueden aplicarse los versos del poeta:

"Loor a los valientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

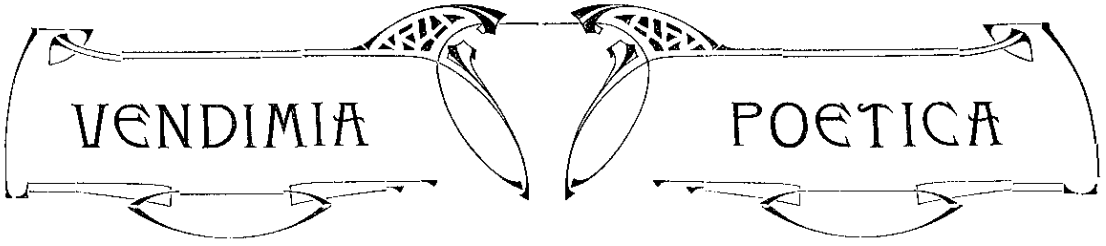
Loor a los valientes campeones
que vertieron sus lágrimas,
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

En Francia, ahora mismo, se glorifica a los héroes que cayeron ensangrentados en la Champaña, en San Quintín y en Vedun, defendiendo a su patria con olvido de sí mismos. Unos y otros, los héroes callados de aquí y los de la caída ruidosa de allá, llenan el corazón de emociones por sus sacrificios. El pensador lo ha dicho muy bien: Los campos de batalla del mundo han estado principalmente en el corazón, y así, tanto heroísmo ha sido desplegado en la casa y en el gabinete como en los más memorables campos de la historia.

Todos los pueblos poseen y se enorgullecen de sus héroes, pero muchos de ellos no existen sino en la imaginación. Los de la epopeya o los de las epopeyas francesas, al contrario, son héroes verdaderos que han ejecutado acciones muy grandes y experimentado sufrimentos muy crueles. Un escritor del Rhin dice que a Francia le bastaría contar fielmente lo que se ha visto y hecho por ella durante los últimos doscientos años, para tener una literatura personal que ningún pueblo ni ningún siglo han producido aún. Bien sabido es que esa raza heroica, evocada sobre el suelo francés, con la fórmula má-

gica de «libertad!, igualdad!, fraternidad!», como en una marcha triunfal embriagada de gloria y conducida por el Dios mismo de la gloria, recorrió el mundo un día, ahora un siglo, el mundo exaltado y espantado por sus grandes hechos. Sabido es también que ayer no más, con la misma fórmula de «libertad!, igualdad! y fraternidad!», que es una especie de conjuro, contuvo Francia la avalancha formidable del imperialismo y salvó así con sus sacrificios la democracia y la libertad de todos los pueblos.

Con viva emoción, señores, aprovecho la oportunidad feliz de esta fecha gloriosa para colocar la primera piedra del Parque de Francia. Recordemos con veneración a los campeones franceses que, a despecho de las inclemencias del trópico y de las grandes dificultades de los tiempos, iniciaron aquí y dieron comienzo a la obra portentosa del Canal.



En esta sección aspiramos a servirle siempre al lector reproducciones de los versos más vigorosos, a nuestro juicio, que hayan visto la luz durante la temporada en la prensa de habla española. Pero cuando, como ahora, no nos hayan traído los periódicos del mes ninguna vibración fuerte y personal de nuestros líricos nos parece lo más acertado, puesto que nuestro fin máximo es informar, dar a conocer, reproduciendo de libros, algunas de las más típicas composiciones de aquellos poetas que, por circunstancias de ambiente, no nos parezcan tan bien conocidos como a sus méritos corresponde.

Hoy nos complacemos en ofrecer al lector muestras de la brillante producción de dos jóvenes poetas representativos. Ricardo Miró, considerado unánimemente como el cantor más inspirado de Panamá, y Alfredo Arvelo Larriva, que nos impresionó como el más original y fuerte de los bardos venezolanos. Arvelo Larriva se encuentra actualmente recluído en una prisión de su país.

VERSOS DE R. MIRO
(De su libro "Segundos preludios")

VERTIGO

A medida que voy envejeciendo
y en grietas el dolor abre mi vida,
como brota la sangre de una herida
va en mi la indiferencia floreciendo.

Practiqué tanto el bien, tanto fuí bueno,
que en mis horas más crueles y más duras
olvidaba mis propias desventuras
para acordarme del dolor ajeno.

Y una mano tenaz—mano enemiga—
siguió mi huella, y por maligno encanto
donde sembré un rosal, nació una ortiga,
donde sembré un amor, un desencanto.

Hoy—potro ardiente de la pampa andina—
loco, hacia el fondo de los siglos huyo,
sin parar ni en el lirio que destruyo
ni en la carne que dejo en cada espina.

LA CANCION DEL MARINERO

Ya la barca abrió las alas, como un pájaro, en la sombra;
se estremece como un águila que el vuelo va a comenzar
y me invita dulcemente... Quién me llama?... Quién me nombra?...
No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar...

El mar está pensativo... Se dijera una laguna
que se ha quedado dormida de tanto, tanto pensar...
Yo me voy al horizonte para embarcarme en la luna
cuando la luna aparezca rompiendo el agua del mar....

Quiero irme lejos, muy lejos... Adonde ni el pensamiento
con sus alas poderosas me pueda nunca alcanzar...
La barca me está esperando con la vela abierta al viento...
No tengo a nadie en la tierra... Voy a ver qué me da el mar....

PATRIA

¡Oh Patria tan pequeña, tendida sobre un istmo
donde es más claro el cielo y es más vibrante el sol,
en mí resuena toda tu música lo mismo
que el mar en la pequeña celda del caracol!

Revuelvo la mirada y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a tí me ha de tornar...
¡Quizá nunca supiera que te quería tanto
si el Hado no dispone que atravesara el mar!...

La Patria es el recuerdo...Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.

La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde la infancia, sin tregua recorrió,
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al alma le conversan de un tiempo que pasó.

En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
donde he robado un beso, donde aprendí a soñar,

¡Oh, mis vetustas torres, queridas y lejanas:
yo siento las nostalgias de vuestro repicar!
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, ¡torres mías lejanas!
cantar como vosotras, cantar y sollozar.

La Patia es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;

A esa sonrisa que brota a flor
del labio impuro que amores miente,
prefiero el trino con que la fuente
bajo la luna canta su amor.

Sé que en mí mismo llevo la paz,
y me ilumino de dulce calma
cuando permito que mire mi alma
todas las cosas que dejo atrás.

Siento el espasmo de la emoción
cuando en un quieto sitio lejano
oigo qué dice bajo mi mano
cada latido del corazón.

Amo las calles sin sol ni luz
donde las cosas se desvanecen;
esas callejas que nos parecen
brotar de un viejo cuadro andaluz....

Amo las ruinas con santo amor,
esas antiguas moles de piedra
donde, piadosa, sube la yedra
como cubriendo tanto dolor.

Yo estoy enfermo de soledad...
Amo los quietos sitios perdidos
Adonde llegan desvanecidos
todos los ruidos de la ciudad.

Y es que por raro, divino dón,
que una Hada amiga me concediera,
las cosas que otros buscan por fuera
en mí las halla mi corazón.

NOCTURNO

(A Zoraida Diaz)

Qué callada está la noche, los árboles qué dormidos...
Ni una queja, ni un murmullo, ni un suspiro, ni un rumor...
Apenas en el silencio se oyen, lentos, los latidos
con que cuenta los minutos, dolido, mi corazón....

En dónde está? Por qué tarda? Será que mi dulce hermana
se ha extraviado en el camino, perdida en la lobreguez?...
Por qué no llega? Qué angustia!... Cómo suena la campana!...
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez....

Este parque misterioso está todo lleno de élla;
los árboles y las cosas no la han podido olvidar;
en el banco, en el sendero, se adivina aún su huella,
y en el viento se respira su perfume de azahar....

Cuántas veces a lo largo de estas quietas avenidas
fuimos juntos, de la mano, jurándonos mutua fe...
Para amarnos precisaba prolongarnos a otras vidas...
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez....

Esta noche estoy qué solo, qué triste, qué dolorido!...
Por momentos hasta dudo si otro sér distinto soy,
y es que en una sola noche toda una vida he vivido
pendiente de lo que dice latiéndome el corazón....

Tengo frío, frío y miedo... He escuchado que me nombra
una voz que antes oyera sin saber en dónde fué,
y oigo pasos de fantasmas que desfilan en la sombra...
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez....

Si me fundiera en la sombra, si me perdiera en el viento
sin la carne dolorosa, sin el triste corazón;
si me apagara por siempre como un tímido lamento,
como un lánguido suspiro, como un trémulo rumor....

Oigo voces en la sombra... (Serás tú, mi dulce hermana?)
Oigo pasos en la arena... (Si serán tus breves pies?)
Pero no, ya tú no vienes... me lo dice la campana...
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez....

VERSOS DE ARVELO LARRIVA
(De su libro "Sones y Canciones")

BALADA DE ABRIL SIN FLORES

Tú que estás la barba en la mano,
Meditabundo,
Has dejado pasar, hermano,
La flor del mundo?

RUBEN DARIO.

Ay, Dios mío! Yo que estoy la barba en la
mano, viendo mi frescor cómo se va....

Mi frescor de primavera y de salud,
mi frescura de pasión y juventud,
mi frescura de locura y de pasión,
que se mustia en esta angustia de prision;
que se apena en esta pena de penal;
que se enferma de ignominias y de mal....

Ay Dios mío! Yo que muero sin vivir,
yo que muero cuando no quiero morir....

Vivo en esta desolada soledad
una rara juventud de ancianidad;
una rara mocedad de senectud:
preso y joven... y mañana el ataúd....

Y este anhelo que es divino y animal,
este anhelo más allá del Bien y el Mal—,
este anhelo de besar y de morder
labios rojos, senos ricos, de mujer....

Ay, Dios mío! Yo que muero sin vivir,
yo que muero cuando no quiero morir!

LOS BURRITOS

Rebuznan los burritos de Lugones
por mi pradera espiritual.—¿Diría
que pongo su harmoniosa inharmonía
sobre las académicas canciones?

Rebuznan los burritos. Y los sones
de su rebuzno, claros de alegría,
alegran mi cordial melancolía
como el sol matutino las prisiones....

Prefiero los pollinos del poema,
a los demás. Sin más estratagema
que el ser sencillos, dónanme su calma.

Y se van por mi alma los borricos,
posando dulcemente los hocicos
en todos los dolores de mi alma....

DE MI

De mí, yo sé que dicen los más:—"Es un bandido."
—Los más forman la turba: la turba no conoce
a nadie. Tras el Cristo sólo marchaban doce:
por uno fué negado, por otro fué vendido,

y los demás huyeron del Huerto sorprendido.
Al raro no lo entiende la turba, aunque se roce
con él: le llama fiero si es franco; si ama el goce
primaveral y humano, le llaman corrompido.

La muchedumbre tacha de viles y perversos
los orgullos más nobles y los más nobles versos...—
—"Es un bandido," dice, de mí, la muchedumbre.

Y sonrío... Yo tengo dulzor para los mansos;
y aplasto los reptiles con piedras de la cumbre

EL GRAN SILENCIO

La tarde es dulce y grave como una novia triste
que deshojara, juntos, un sueño y una flor.
La inmensidad celeste de suave azul se viste,
de azul semidonado por un leve fulgor.

El rudo mar sonoro colérico persiste
en la canción eterna, rimando su furor.
Mi espíritu orgulloso y enérgico resiste,
como un fornido Atlante, su carga de dolor.

Bajo el azul sereno, frente al Destino obscuro,
abarco, en una sola visión, cielo y Futuro
y un formidable enigma pretendo descifrar.

El cielo está impasible y el Porvenir callado;
y la mudez del Tiempo sobre mi duelo airado
es la mudez del cielo sobre el rumor del mar....

Ante el silencio enorme del Porvenir, medito;
medito bajo el hondo silencio del espacio,
mientras la tarde muere, de azul y de topacio,
y el mar sañudo lanza su interminable grito.

Y pienso que el asedio del Mal no es infinito
si la esperanza es fuerte y el corazón no es lacio.
Y siento sano y joven mi espíritu, rehacio
al abrumante influjo del Ananké maldito.

El Odio intenso y grande me da su fuerza ruda.
Me da el Amor la dulce constancia del anhelo.
La Juventud sagrada con su vigor me escuda.

Y con orgullo noble, sin demandar consuelo,
al formidable enigma mi voluntad saluda
en el silencio augusto de Porevnir y cielo....